

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 9, capítulo CXLI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 9, capítulo CXLI

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CXLI

**Echeagaray depone las armas.
Oaxaca capitula.**

Enero y febrero de 1865

CAPÍTULO CXLI

ECHEAGARAY DEPONE LAS ARMAS. OAXACA CAPITULA

Enero y febrero de 1865

Después del combate de Atentique y a consecuencia del desastre de Jiquilpan de fines de noviembre en que fueron derrotadas las tropas del centro al mando del general Arteaga, éstas se dispersaron y Miguel María Echeagaray, 2º jefe del ejército, consideró conveniente lanzar una proclama anunciando que había tomado el mando del ejército, dando por perdido al Gral. Arteaga.

En verdad, este patriota se había retirado a Huétamo, para curarse de sus heridas, volviendo unas cuantas semanas después con gran decisión, aun antes de tenerlas cicatrizadas.

Probablemente la falta de noticias indujo al Gral. Echeagaray a dar por perdido al Gral. Arteaga y lanzar la proclama con que se inicia este capítulo, tomando el mando del cuerpo de ejército del centro.

Unas cuantas semanas más tarde, al fracasar en su intento de apoderarse de Zapotlán, Echeagaray consideró que ya no era posible continuar la lucha frente a los obstáculos que presentaban la carencia de parque, armas y recursos económicos, por lo que dirigió, desde Tecalitlán, una comunicación al general imperial Carlos Oronoz, deponiendo las armas y ofreciendo retirarse junto con sus tropas a sus hogares. Lamentable debilidad de este valiente soldado.

Ahora, trasladándonos al estado de Oaxaca, encontraremos que dos columnas del ejército francés han llegado a los alrededores de la ciudad de Oaxaca; parece preferible dejemos al Gral. Porfirio Díaz que nos relate estos acontecimientos tomándolos de las memorias que personalmente

dictó. Por tratarse de una importante acción militar, reproduciremos casi íntegro el relato del Gral. Porfirio Díaz:

El 17 de diciembre de 1864 se reunieron en la Carbonera la columna de Courtois d'Hurbal y la de Brincourt y descendieron juntas a Etla. Yo tenía en su observación en la hacienda San Isidro, inmediata a Etla, la brigada de caballería que mandaba el coronel Gerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo, que cubría al escuadrón irregular que mandaba el coronel Ladislao Cacho.

El día 18 recibió el coronel Treviño, repentinamente, avisó de que el puesto había, sido forzado y como la brigada se mantenía con la caballada ensillada, mandó Treviño que salieran violentamente los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento a formar fuera de la casa de la hacienda cuando llegaba a todo escape y sufriendo grandes pérdidas, la caballería del coronel Cacho. En un momento se chocaron las fuerzas francesas que perseguían a Cacho con los lanceros de Oaxaca, que les aparecieron dentro de la polvareda que habían levantado aquéllas; dando un choque tan fuerte a los cazadores de África, que venían batiendo a arma blanca a los prófugos, que los cazadores voltearon caras instantáneamente y fueron perseguidos por más de tres leguas por los lanceros de Oaxaca y la legión del norte, que salió tan pronto como pudo tomar su lugar en la persecución.

El coronel Treviño continuó la persecución hasta encontrar el grueso del enemigo que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ésta a la hacienda Blanca, sin que la caballería enemiga se atreviera a perseguirla.

La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en ese choque y en él sucumbió el conde de Loire. En ese hecho de armas se hizo muy notable por su valor personal el mayor de la legión del norte, don Basilio Garza. El enemigo quedó dueño de la

villa de Etla, haciendo al día siguiente grandes funerales a los oficiales muertos allí y especialmente al conde de Loire.

Pasados cuatro o cinco días, el Gral. Courtois d'Hurbal vino personalmente a hacer un reconocimiento a los alrededores de la ciudad con una fuerte columna de zuavos, cazadores de África, Húsares de la guardia y una batería de la artillería de la guardia, volviendo en seguida a su campamento de Etla.

Después de algunos días, supe de una manera segura que el Gral. Bazaine se dirigía para Etla por el camino de la mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. Me pareció que la brigada de caballería podía prestar un importante servicio, batiéndole antes de que se incorporara al núcleo de tropas que ocupaban la villa de Etla y di órdenes con ese objeto al coronel Treviño, quien se dirigió con su brigada al encuentro de Bazaine; pero en la noche, víspera del día en que debía encontrarlo y batirlo, desapareció el coronel Treviño con la legión del norte y lanceros de San Luis (Potosí), estando cerca de Tamazulapan, punto en que pernoctaba Bazaine y se dirigió con la fuerza que lo acompañaba a la sierra de Tetela, del estado de Puebla.

El coronel Félix Díaz, que se encontraba acampado a corta distancia con su regimiento y con el escuadrón Cacho, no tuvo noticia del movimiento del coronel Treviño sino hasta que amaneció, que eran precisamente los momentos en que ya el Gral. Bazaine y su escolta se ponían en marcha y nada serio pudo ejecutar, porque quedó reducido a su regimiento que contaría 400 caballos y al escuadrón Cacho que tendría unos 60 y no se explicaba de pronto la ausencia del coronel Treviño con la mayor parte de la fuerza. En consecuencia, se retiró a la vanguardia del enemigo, tiroteándolo durante algunas horas y después tuvo que caminar a campo traviesa sobre la sierra para evadir el encuentro de otra caballería francesa procedente de Oaxaca, que había salido para proteger a Bazaine.

Desde entonces ya no conté con el auxilio de la caballería fuera de la plaza, porque la que quedaba a las órdenes del coronel Díaz, era muy poca para emprender operaciones de resultado práctico.

Para salir de la penosa disyuntiva entre el sitio y el abandono de la plaza, me ocurrió seguir haciendo todos los preparativos de sitio; pero no con el propósito de llevarlo a cabo, sino de librar una batalla campal al llegar el enemigo a la plaza. Me ocurrió que una línea de batalla apoyando la derecha en el fortín de la Soledad, que estaba artillado y a la izquierda en el Monte Albán, estaría en muy buenas condiciones de combate porque haría todo su movimiento de reservas, provisión de municiones y servicio de ambulancia dentro de la ciudad, a cubierto de la vista y de los fuegos del enemigo. Si en esa batalla éramos vencidos, habríamos perdido en combate nuestra artillería pesada y sus municiones, que de todos modos no podríamos llevar; habría sido consumida, en perjuicio del enemigo.

Sin dejar de contar con una victoria tan posible como la del 5 de mayo de 1862, si al fin éramos derrotados, los restos que pudiéramos salvar serían viables y ligeros, propios para la guerra de montaña que nos esperaba.

Con objeto de proponer este plan y sus detalles, invité al Gral. Benavides, cuartel *Maestre* del cuerpo de ejército, para que me acompañara a caballo un día a las seis de la mañana; y lo discutimos estando solos los dos, porque, como se comprende, para alcanzar éxito mi plan necesitaba ser desconocido e inesperado del enemigo y para que lo fuera, era necesario que lo ignoraran también nuestros subordinados, hasta el momento de ejecutarlo. Una vez en el terreno y propuesto el plan con sus detalles, que sería largo e inoportuno numerar aquí, pero que lo hacían muy aceptable, lo objetó el Gral. Benavides por falta, en su concepto, de expedición en la maniobra de nuestras tropas, si se tenía en cuenta que se trataba de combatir

a campo raso contra soldados de merecida fama, bajo el aspecto de su movilidad, pues debíamos proteger a nuestros soldados con las fortificaciones construidas con tanto trabajo, para compensar la diferencia de disciplina en la que, con pena, era necesario conceder superioridad a los franceses.

En las conferencias militares que tenía yo costumbre de dar a los generales y jefes, comencé a notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa y en contra de mi idea; que el asunto se traía a cuestión con poca naturalidad y que las razones aducidas eran las mismas expuestas por el Gral. Benavides, lo cual me hizo sospechar que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encarecí. Después de esto, no me quedaba más recurso que aceptar el sitio.

Llamaré la atención aun después de esto, que con una fuerza relativamente pequeña como la que yo tenía a mi disposición, que apenas llegaba a 2,800 hombres, emprendiera la defensa de una plaza que, una vez sitiada por un enemigo tan superior, tenía que ser tomada; pero me resolví a proceder así porque dejando como había dejado, fuera de la ciudad y a sus inmediaciones una columna de mil caballos a las órdenes del coronel don Gerónimo Treviño, compuesta de los regimientos lanceros de San Luis (Potosí), legión del norte, lanceros de Oaxaca y escuadrón Cacho y las guardias nacionales, organizadas en todos los distritos del estado de Oaxaca, algunas de las cuales tenían de cuatrocientos a quinientos hombres, que juntos podían presentar personal suficiente para emprender operaciones protectoras de la plaza o, a lo menos, para cortar la comunicación del enemigo sitiador con su base de operación, me parece que eso era lo mejor que yo podía hacer. Desgraciadamente no se pudo realizar mi combinación porque el coronel Treviño, como queda dicho, se marchó con la legión del norte y lanceros de San Luis (Potosí), dejando a la caballería en un estado de suprema impotencia para proteger las guardias nacionales y para emprender operación alguna que pudiera

causar dificultad al enemigo y por la defección de algunas de esas guardias nacionales.

Me resolví, además, a defender la plaza, porque todas mis municiones, artillería y talleres para elaborar municiones y el entretenimiento del material de artillería, habrían tenido que ser abandonados en la ciudad si yo hubiera emprendido marcha para alguna otra parte, puesto que no tenía la mulada que se necesitaba para su conducción y mucho de lo que tendría que llevar, como era la artillería de batalla, a ninguna parte podría ser conducida por falta de caminos, aun cuando hubiera tenido el ganado suficiente. Además, no tenía dinero con qué socorrer a mis soldados, pues mi único haber consistía en el acopio que había hecho de víveres, que tampoco habría podido llevar conmigo.

Nunca me imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria, pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, porque estaba seguro que la plaza no podía ser tomada por asalto si a mis soldados les hubiera durado el vigor que tenían al comenzar el sitio, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo la retirada de la caballería del coronel Treviño, la defección de la guarnición de Tehuantepec, que era una de las que debían maniobrar por fuera y la disolución de todas las demás guardias nacionales que, impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras y muchas entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía don Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano, prefecto superior del estado de Oaxaca y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine y contaba con la cooperación de varias personas influyentes de Oaxaca que hasta entonces habían sido liberales y que por ese motivo tenían acceso e influencias con mis oficiales y soldados.

En suma, si yo hubiera abandonado la plaza cuando se acercaba el ejército francés, habría perdido sin combatir toda mi artillería pesada y la mayor parte del contenido de mis almacenes y esa pérdida habría causado gran desmoralización. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias se comprenderá que, con gran repugnancia de mi parte, me vi obligado a aceptar el sitio.

Dos o tres días después del reconocimiento hecho por el Gral. Curtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora y comenzó a establecer su línea de contravalación. El Gral. Bazaine llegó al campamento francés sobre Oaxaca el 15 de enero de 1865 y asumió, desde luego, el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban primer dominante y cuyo nombre vulgar es el cerro Pelado Grande, el Monte Albán y el pueblo de Xoxo y siguieron ocupando la línea no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían a impedir o dificultar sus obras hasta cerrar su línea en San Felipe del Agua, que ocupó el Gral. Jeanningros con los batallones cazadores de África de a pie y legión extranjera.

El mariscal Bazaine estableció su cuartel general, al comenzar el sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó a la hacienda de Montoya.

Calculo que la fuerza que tenía Bazaine, al cerrar el sitio, ascendería a unos 9,000 hombres del ejército francés y cosa de 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería, me quedarían en la plaza 2,800 hombres, según he dicho ya.

La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días del sitio porque sin duda, cuando el Gral. Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche y tal vez fijado día para el asalto, comenzó a detener a las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que eran

partidas gruesas, porque el coronel Félix Díaz los hostilizaba en el camino, en términos que, al fin del sitio, la fuerza sitiadora había aumentado considerablemente lo mismo que su material, pues tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

Durante el mes de enero de 1865, cuando el Gral. Jeanningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua con un batallón de cazadores a pie y otro de legión extranjera, surgió una disputa por la hacienda de Aguilera que está entre la ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, que no había sido ocupado por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado y eso dio motivo a que la plebe —y entre ella algunos soldados—, comenzaran a extraer las semillas que había en ella. Con este motivo, el 22 de enero de 1865, el Gral. Jeanningros mandó unas compañías que batieran a los que saqueaban la hacienda y tomaran posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia, pues aunque entre la masa desalojada había algunos soldados, éstos estaban desarmados, hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no le apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos y entonces mandé al mayor don José Guillermo Carbó, con la compañía de granaderos del primer batallón de Sinaloa y la tercera del de Juárez, a desalojar a los franceses de la hacienda de Aguilera. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero al fin quedaron desalojados los franceses y rechazado un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el Gral. Jeanningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la hacienda de Aguilera, la mandé abandonar en la noche cuando ya nadie la disputaba.

Cuando se comprendió ya que el sitio debía terminar de una manera fatal para nuestra causa, es decir, como a mediados de enero de 1865, comenzaron a verificarse deserciones de los

jefes, oficiales y soldados de la guarnición. El teniente coronel Modesto Martínez, del batallón Morelos, fue el primer oficial que se desertó y habiéndolo tomado por espía los puestos avanzados de los franceses, le hicieron fuego y lo mataron. El teniente Luis Aldeco, del batallón Morelos, estando de guardia en una trinchera, invitó a su fuerza a pasarse al enemigo y no sólo no fue secundado sino que estuvo a punto de ser aprehendido y preso por ella. El subteniente de infantería, José D. Carballido, se pasó también, pero a diferencia de Aldeco, no intentó llevarse a nadie. El capitán Manuel Álvarez, que pertenecía a mi estado mayor, a quien yo distinguía con mi amistad y confianza y a quien por apodo le llamaban en Oaxaca, el Nene, hizo otro tanto. Ya en los últimos días del sitio, en un ataque que el enemigo hizo al fortín de la Libertad, el mayor Adrián Valadez, del 2º batallón de Sinaloa, vitoreando a sus soldados, los instó a salvar el foso y se fue con varios oficiales y cosa de doscientos hombres de su cuerpo que defendían la trinchera, habiendo tenido grandes trabajos los coroneles Toledo y Corella para contener la desmoralización. Esta defección desmoralizó grandemente a la fuerza que defendía la plaza y si el mariscal Bazaine hubiera querido aprovecharse de ella, habría tomado Oaxaca entrando por la trinchera que Valadez había dejado momentáneamente desguarnecida.

[...]

No fue este el último ni el peor ejemplo de desmoralización, pues pocos días después desertó un teniente coronel de infantería, llamado Modesto Martínez, quien fue muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron como espía.

En los primeros días de febrero recibí comunicación de los jefes que defendían los principales puestos, en que me decían que no respondían de la situación; que era imposible, con

fuerza tan pequeña y desmoralizada, resistir un ataque de un número tan fuerte y bien armado como lo era el enemigo, sobre todo cuando en los últimos días ya no había víveres de ningún género, pero que si no disponía yo otra cosa, sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca semejante comunicación, no obstante que su situación era idéntica a la de los demás.

El día 8 de febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de guerra y de boca y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que, aunque eran pocas, se quejaban con escándalo y en constantes manifestaciones públicas hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados que ya estaba bastante decaído.

En este estado de completa desmoralización y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas sino que la guarnición misma de los fuertes eran notoriamente escasa y apenas había podido resistir a los distintos ataques que intentó el enemigo, pues no me quedarían ni mil hombres disponibles en la plaza, me pareció que no debía yo permitir que corriera más sangre en el último asalto; que terminaba aquella situación por ser enteramente infructuosa toda resistencia, decidiéndome a rendir la plaza.

[...]

Guardando la plaza la situación que he bosquejado y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo a distintos puestos y fortificaciones y no teniendo yo ya soldados en número y moral suficientes para resistir a más de un ataque simultáneamente, pues los que me quedaban apenas llegaría a 700 hombres, me decidí a rendir

la plaza y salí personalmente en la noche a manifestar al Gral. Bazaine, en su cuartel general de Montoya y sin previo armisticio, que era innecesario el asalto que preparaba. Por estas razones y sin observar las reglas prescritas en esos casos, pasé personalmente a manifestar al Gral. Bazaine que podía disponer la ocupación de la plaza. No mandé un ayudante con ese objeto por el temor de una mala inteligencia por una parte y que el deseo del Gral. Bazaine, por otra, de tomar la plaza por asalto, hicieran que éste tuviera lugar cuando no era ya posible resistir y por creer que mi presencia en el cuartel general del enemigo y mis explicaciones personales lo impedirían, pues era grande el empeño que el Gral. Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente, por haberse agotado ya los elementos de defensa.

Como a las diez de la noche, del día 8 de febrero de 1865, acompañado de los coroneles don Apolonio Angulo y don José Ignacio Echeagaray, a quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el Gral. Bazaine, salí de la plaza y me dirigí a Montoya en donde tenía Bazaine su cuartel general y, mientras me recibían los puestos avanzados, me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé a los soldados diciéndoles que no era yo enemigo armado y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echeagaray y el oficial que estaba encargado de ese puesto me mandó con un destacamento a otro, que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos a otro destacamento que estaba al otro lado del río y éste nos llevó hasta Montoya.

Al manifestar al Gral. Bazaine que la plaza no podía defenderse ya y que estaba a su disposición y creyendo que ello equivaldría a mi sumisión al imperio, me dijo en respuesta que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar

uno las armas contra su Soberano. Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo ni me adhería ni reconocía el Imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve detrás de mis cañones, pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente a su semblante los grados de desagrado, me reprochó el Gral. Bazaine que hubiera yo roto la protesta, que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver a tomar las armas contra la intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el Gral. Bazaine ordenó en el acto a su secretario, el coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, que trajera el libro en que se encontraban las protestas suscritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó a leer en alta voz y como yo, no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté en respuesta que no podía suscribir la propuesta porque tenía sagradas obligaciones para con mi país y estaba dispuesto a cumplirlas siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el coronel Boyer llegó a mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al Gral. Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró, sin decirme una palabra más sobre este incidente.

Después me habló el Gral. Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabían que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar. Le dije que efectivamente había algunas, pero que yo me había visto en la necesidad de descargarlas, con el objeto de hacer cartuchos porque ya no tenía municiones con qué defenderme; que fácilmente podían descargarse las pocas minas que quedaban cargadas, porque yo sabía bien el lugar en que estaban y que mandaría con ese objeto a un oficial de artillería.

Así se hizo, aunque siempre estalló una mina porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

Mandé suspender los fuegos dominantes de los cerros y para ello fui con un oficial francés y el coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente a la nuestra. Angulo habló a Corella y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó a insultarlo y hacerle fuego por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó a Corella, con muchas dificultades, cuál era la situación y le dijo que llevaba una orden mía para que se suspendiera el fuego.

Ya no se volvió a hacer uso de las armas y Bazaine me detuvo en su cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto donde nos puso el mismo Bazaine, a Echeagaray, a Angulo y a mí. Yo quedé como prisionero sin saber cuál sería mi suerte, porque no pedí ninguna garantía para mí ni para los míos, pues solamente dije al Gral. Bazaine que podía tomar la plaza sin disparar un solo tiro.

En la madrugada de esa misma noche mandé a Echeagaray y por otro lado, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros puntos y después de que amaneció me mandó Bazaine a la plaza con don Juan Pablo Franco y una escolta de cazadores de África, para que diera orden de que se permitiera la entrada de los franceses y entró tras de mí el Gral. Brincourt con un regimiento hasta el palacio del estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés.¹

El lector podrá ver en las páginas siguientes, una serie de documentos por demás interesantes. En primer término, una carta dirigida por el Gral. Porfirio Díaz al mariscal Bazaine la víspera de la rendición de la plaza, que ha sido motivo de controversia en los últimos años, desde que fue dada a conocer por el licenciado Juan Sánchez Azcona. Transcribiremos los párrafos de la comunicación en que Sánchez Azcona dio a conocer ese documento.

¹ Alberto María Carreño, *Archivo del Gral. Porfirio Díaz. Memorias y Documentos*, prólogo y notas de..., México, 1947, II, p. 65 y ss.

Después de reproducir los párrafos de las *Memorias* de Porfirio Díaz, relativas a la rendición de Oaxaca dice:

De lo anterior se desprende que, en vista de la situación, el Gral. Díaz decidió acudir personalmente al campamento enemigo a rendir la plaza la noche del 8 de febrero y afirma que dio tal paso sin las acostumbradas formalidades previas, es decir, sin que el mariscal Bazaine hubiera tenido anterior conocimiento de la visita proyectada e inopinadamente decidida del Gral. Díaz a su campamento. Esta parte de la narración es inexacta, pues previamente el Gral. Díaz intentó un entendimiento con el mariscal de Francia, según paso a probarlo.

Durante mis últimas permanencias en Europa pude estrechar, hasta la intimidad, mi antigua amistad con don Alfonso Bazaine, hijo del mariscal y actualmente capitán de caballería española en operaciones en Marruecos. Es Alfonso nacido en México e hijo de mexicana y con suma frecuencia hablamos de cosas de esta tierra. En cierta ocasión y hablando del llamado imperio de Maximiliano, un alto jefe español afirmó que, a pesar del incuestionable patriotismo de los mexicanos republicanos, hubo un momento en que el imperio estuvo a punto de consolidarse por el apoyo de las bayonetas francesas. A esta afirmación agregó Bazaine que era tan cierta que hasta hombres como Porfirio Díaz estuvieron a punto de entenderse con el régimen implantado por el emperador Napoleón III. Con alguna vehemencia negué la veracidad de tal versión y pasamos a hablar de otra cosa; pero, algunos días después, Bazaine me invitó a hojear algunos papeles que a su mayoría de edad le habían sido entregados por especial encargo de su padre el mariscal. Para la personalidad histórica del mariscal Bazaine, ese pequeño archivo es de incalculable importancia y, sin duda, alguna vez proporcionará a la historia grandes revelaciones. Yo di preferencia a los asuntos relacionados con México y, entre

otros documentos, me encontré un oficio que transcribo a continuación:

(Reproduce la carta que figura más adelante en esta obra en la página 682).

Obtuve del capitán Bazaine su asentimiento para guardar una copia fotográfica del interesante documento» y la proporciono a usted, por si pudiera publicar en cliché. Quise obtener mayores datos, pero mi buen amigo no pudo dármelos, diciéndome solamente que sobre el particular había oído relatar a antiguos subordinados del mariscal, que éste no pudo aceptar las proposiciones del Gral. Díaz para el arreglo de la cuestión mexicana, pero que su conferencia tuvo al menos como consecuencia la rendición de la plaza de Oaxaca sin derramamiento de sangre. Toca a los historiadores investigar más hondamente.²

Lo interesante y curioso es que Porfirio Díaz no haya hecho referencia a este documento en sus *Memorias* y que, hasta que Bazaine lo amenazó con darla a conocer, fue cuando la opinión pública se enteró de su existencia, mas no de su texto. Por eso nos ha parecido conveniente reproducir, dentro del capítulo, la correspondencia cruzada entre Porfirio Díaz y Bazaine, no obstante que esto ocurrió muchos años después de los sucesos a que se refiere esta obra.

Tampoco Bazaine, en el parte oficial que rinde del sitio de Oaxaca, hace mención a la carta y a la forma en que se le presentó Porfirio Díaz.

Intrigados por la extraña conducta del Gral. Díaz, continuamos buscando documentos coetáneos y localizamos un interesante informe del señor Manuel Gamboa en el archivo de Maximiliano en que relata a éste los acontecimientos ocurridos en torno al sitio de Oaxaca. No ha sido posible identificar a Gamboa, pero también en el archivo de Maximiliano,

² *El Universal*, México, 9 de noviembre de 1922, primera sección, p. 8.

hemos encontrado, suscritos por él, otros informes de bastante importancia, por lo que nos parece que se trata de alguna persona de absoluta confianza de Maximiliano; sospechamos también que los documentos hayan sido firmados con un seudónimo, ocultando así el nombre de alguna personalidad de relieve.

Hemos leído con atención lo poco escrito sobre este documento, principalmente del licenciado Agustín Cue Cánovas y creemos que no se puede justificar un juicio definitivo adverso a Porfirio Díaz; quedamos en duda sobre su verdadera intención.

El texto de la carta es de un hombre vencido, sin energías, que no cuida las palabras y de ellas puede interpretarse tanto una rendición de la plaza, como también una propuesta para pactar con el invasor, haciendo a un lado al gobierno legítimo encabezado por Juárez.

¿Qué trataron Díaz y Bazaine en su misteriosa y secreta entrevista?

Difícil saberlo con certeza, pero la carta de Bazaine, de 1886, hace suponer que sólo la rendición de Oaxaca, pues de lo contrario lo hubiera divulgado, toda vez que estaba interesado en congraciarse con la regente María Cristina, sobrina de Maximiliano, que le había dado hospitalidad en España.

Recomendamos al lector la lectura del interesante informe que rinde el Sr. Gamboa, en el que se podrá ver que pocos días después de la rendición de Oaxaca, ya parecía rara y extraña la conducta seguida por el Sr. Gral. Porfirio Díaz.

Los juicios sobre el Gral. Díaz son certeros, de base objetiva, confirmados por las *Memorias* que dictó Díaz y que reproducimos en páginas anteriores.

No sale bien librado en la preparación de la defensa y lanza otra hipótesis más sobre la conducta de Porfirio Díaz: que se proponía fugarse.

También es acertada la descripción de las condiciones físicas del estado de Oaxaca y de su economía. En algunos aspectos, a cien años, no se ha modificado substancialmente.

También reproducimos algunos párrafos de una carta del Sr. Rafael García que se publicó como parte del archivo de Porfirio

Díaz en que se relatan los acontecimientos ocurridos en el estado de Oaxaca desde la llegada de Porfirio Díaz y que concluyen con el sitio de Oaxaca. Este documento parece es un informe preparado para que llegara a manos de Juárez por conducto de Matías Romero; su autor fue persona adicta a Porfirio Díaz, quien lo designó gobernador de Puebla.

El texto es bastante largo y en cierto modo reproduce una información que ha tenido fuentes fidedignas pues coincide con otros documentos oficiales. Por su extensión y repetir noticias ya conocidas, nos limitamos a reproducir las páginas en que se refiere al sitio de Oaxaca:

Todos los elementos, pues, se conjuraban contra la plaza y el Gral. Díaz acabó por convencerse que en la imposibilidad absoluta por falta de combatientes y de otros precisos recursos, de prolongar la defensa o de romper el sitio, tenía que elegir entre estos dos medios; o buscar su salvación personal, mandando atacar algunos puntos de la línea enemiga, mientras él con el pequeño batallón de Sierra Juárez, que se mantenía perfectamente, lograba salir por otro lado de la plaza, o rendir ésta, aceptando las consecuencias de tan triste suceso, con todos sus compañeros de desgracia. Pero repugnando sobremanera a su caballeroso y leal corazón sacrificar un solo hombre por salvar su persona, dejando a los demás bajo la cuchilla del vencedor, aceptó todas las consecuencias del inmenso sacrificio y apuró hasta las heces del cáliz de amargura.

Bajo la influencia de tan luctuosas impresiones citó a los comandantes de brigada y después de conferenciar con ellos por espacio de una hora, se dirigió con su acuerdo al mariscal Bazaine, provocando una entrevista para el abandono de la plaza, ofreciéndole pasar él mismo al lugar que se creyera conveniente para la conferencia y las más amplias garantías, si se aceptaba la plaza para ese objeto.

Sabemos que el coronel Angulo fue el portador del citado despacho, que salió de la plaza con dirección al cuartel general de Bazaine, entre siete y ocho de la noche y que el Gral. Díaz esperó la contestación en el punto de San Francisco; pero todo lo demás que pasó en esa terrible noche ha quedado envuelto en el misterio, sin más esperanzas de aclararlo que los informes de algunas personas que no hemos podido oír.

Lo cierto es que el Gral. Díaz pasó personalmente a ver al mariscal Bazaine y hallándose en su presencia le dijo sobre poco más o menos, según nos lo ha asegurado un oficial francés, lo siguiente:

«Las vergonzosas defecciones que usted ha presenciado y que me privan de una gran parte de la fuerza con que contaba para resistir al ejército francés y del brío de la que me queda, me pone en la imposibilidad de seguir combatiendo, sin que por esto deba usted considerarme hoy menos enemigo que ayer, de la intervención extranjera y del imperio. No vengo a pedir la menor garantía para mi persona, mas sí me prometo que, respecto de los que no se han deshonrado buscando la salvación en la fuga, usted les tendrá todas las consideraciones a que son acreedores».

Al otro día, 9 de febrero ya citado, la plaza fue ocupada por los franceses.³

Se confirma la versión de una entrevista misteriosa, extraña. ¿Por qué Porfirio Díaz ni Bazaine dieron a conocer lo tratado?

³ Carreño, *Archivo del Gral. Porfirio Díaz*, II, pp. 261-262.

DOCUMENTOS

Enero y febrero de 1865

EL GRAL. ECHEAGARAY TOMA EL MANDO DEL EJÉRCITO DEL CENTRO

Benito S. Zenea, secretario:

Miguel María Echeagaray, general de división y 2º en jefe del ejército del centro, a los habitantes de los estados de Jalisco, Michoacán, Colima y 1º y 2º distrito de México, hace saber que:

Considerando que, en virtud del desastre sufrido en Jiquilpan, ha desaparecido el ciudadano general en jefe del ejército del centro, nombrado por el supremo magistrado de la nación y que por tal motivo ha pasado toda la suma de facultades que aquél tenía, a su segundo en jefe;

Considerando que, si bien fue destruido el ejército del centro en una gran parte, todavía quedan restos muy respetables que necesitan organización y un jefe que los guíe al frente del enemigo;

Considerando, por último, que muchas poblaciones de los relacionados estados se encuentran en poder de los invasores y otras amagadas de ser invadidas, en cuyo concepto no puede establecerse un orden normal de cosas;

He tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1º— Se resume el mando en jefe del ejército del centro, así como los mandos político y militar de los estados de Jalisco, Colima, Michoacán y primero y segundo distrito de México, en la persona del ciudadano Gral. de división Miguel María Echeagaray nombrado 2º en jefe del ejército del centro por el ciudadano Presidente de la República.

Artículo 2º— Permanecen los estados referidos en estado de sitio; en consecuencia, a la autoridad militar corresponde el conocimiento de todos los negocios del orden público.

Y para que tenga su más cumplida observancia el presente decreto, mando se imprima, publique y circule a quienes corresponda.

Ciudad Guzmán, enero 12 de 1865.

Miguel María Echeagaray

ECHEAGARAY DEPONE LAS ARMAS FRENTE AL INVASOR

Sr. Gral. don Carlos Oronoz

General segundo en jefe:

Siéndome de todo punto imposible continuar la guerra por razones que me justificarán siempre ante mis conciudadanos, de acuerdo los principales jefes de estas fuerzas, hemos dispuesto deponer las armas y disolvernos, retirándonos a nuestros hogares.

Lo que tengo el honor de decir a usted, consecuente a lo acordado por usted mismo, según se demuestra en su carta oficial de fecha 7; esperando, para hacerlo, la contestación de usted.

Independencia y Libertad. Tecalitlán, febrero 8 de 1865.

Miguel María Echeagaray

¿FLAQUEZA DE PORFIRIO DÍAZ?

Oaxaca, febrero 8 de 1865

Mariscal comandante del ejército francés
En su campamento

Excelentísimo señor mariscal:

Creo que en una conferencia personal, por medio de comisiones nombradas al efecto, podríamos dar término a esta situación molesta que agrava los males del país.

Si vuestra excelencia fía, como espero, en mi lealtad, le suplico que se digne darme su contestación al lugar, hora y modo que juzgue más a propósito, bajo el concepto de que seguro de la caballerosidad de V. E., no vacilaré un momento en pasar a ese campo, así como V. E. encontrará en esta plaza las debidas atenciones.

Protesto a V. E. con tal motivo las consideraciones de mi distinguido aprecio.

Porfirio Díaz

OAXACA CAPITULA

Oaxaca, febrero 9 (de 1865).

Al emperador Maximiliano:

Oaxaca ha capitulado esta noche. Porfirio Díaz y la guarnición se rinden a discreción. Todo el armamento queda en nuestro poder.

Tengo el honor de ofrecer mis felicitaciones a V. M.

(Francisco Aquiles) Bazaine

PORFIRIO DÍAZ ACUSA A BAZAINE
DE DESLEAL AL IMPERIO

Guadalupe Hidalgo, mayo 3 de 1867

Sr. don Matías Romero, etc., etc.
Washington

Mi querido amigo:

El mariscal Bazaine, por medio de una tercera persona, ofreció entregarme las ciudades que poseía, así como también a Maximiliano, Márquez, Miramón, etc., con tal de que yo accediera a una propuesta que me hizo y la cual deseché por no parecerme honrosa. También se me hizo otra proposición, con autoridad de Bazaine, para la compra de seis mil fusiles y cuatro millones de cápsulas y, si yo lo deseaba, también me vendería cañones y pólvora; mas me negué a aceptarla. La intervención y sus resultados han abierto nuestros ojos y de aquí en adelante tendremos más cautela al tratar con las naciones extranjeras, particularmente con las de Europa y con especialidad con la Francia...

Porfirio Díaz

BAZAINE AMENAZA A DÍAZ DE PUBLICAR LA CARTA

Madrid, 10 de diciembre de 1886

(Sr. Gral. Porfirio Díaz)

General:

El resentimiento de que vengo quejándome, proviniendo del Sr. Gral. Porfirio Díaz, es a él a quien escribo y no al jefe del Estado mexicano.

La publicación de nuevo, en los periódicos, de su carta a don Benito Juárez, citando proposiciones deshonrosas que yo le hubiera propuesto por un intermediario, no es más que una sarta de calumnias inventadas por ese intermediario, que no designa usted y que tuvo usted la torpeza de acoger tan ligeramente con sus falsedades, después de haber hecho alarde para servir sus intereses políticos; desmiento, pues, de una manera absoluta, los hechos contenidos en esa carta, citada como auténtica y que es de usted solamente y, si las primeras publicaciones han pasado sin observación, es porque la personalidad de usted era menos que ahora.

No debía usted haber olvidado que la víspera de la rendición de Oaxaca, vino usted a pasar parte de la noche en mi cuartel general, contrario a todas las leyes militares y que hubiera estado en mi derecho el tratarlo como insurrecto, en lugar de hacerlo como prisionero de guerra. Si hubiera yo hecho publicar su carta referente a esa entrevista, carta que está en mi poder, no hubiera usted llegado a la presidencia; protesto pues, con la mayor indignación contra esta calumnia vuelta a remover y ruego a usted, señor general, designe el intermediario, por el cual sin duda fue engañado, a fin de que lo haga perseguir como difamador.

Reciba usted, general, la expresión de toda mi consideración de sentimiento por su conducta poco leal hacia mí.

(Francisco Aquiles) Bazaine

TRANQUILA RESPUESTA DE PORFIRIO DÍAZ

México, enero 11 de 1887

Al Sr. mariscal Bazaine
23 Monte Esquinza
Madrid

Señor:

He recibido una carta de usted de fecha 10 de diciembre último, que en resumen tiene por objeto manifestarme su resentimiento por la publicación de una carta mía, escrita en el año de 1867, en que, refiriéndome a usted, aseguraba que por tercera persona me había hecho proposiciones que no quise aceptar por indecorosas; suplicarme le designe quién fue ese intermediario y reprocharme el beneficio de no haber dado a luz la carta que le dirigí el 8 de febrero de 1865, así como de haberme tratado como prisionero de guerra y no como insurrecto.

En cuanto a lo primero, debo advertir a usted, desentendiéndome de su estilo que no quiero calificar, que la carta que al principio cita, no fue dirigida al Sr. Juárez, como lo asienta, sino al Sr. licenciado Matías Romero, por cuyo conducto acostumbraba yo informar al jefe supremo del Estado, de todo lo que hacía y ocurría en la zona cuya defensa me estaba encomendada: que ésta fue mi única intención al escribirla y no la publiqué, ni pensé que podía ser publicada. Rectifico la aseveración de usted sobre este punto, porque así es la verdad y no porque hubiera tenido inconveniente en dar a luz dicha carta, pues nunca vacilé sobre la veracidad de los hechos que en ella cito y, además, por razones contrarias a las que decidieron a usted a despreciarla en su primera,

segunda y tercera publicación, esto es, porque la personalidad de usted valía entonces mucho más que ahora.

Respecto al segundo punto, aunque han pasado ya algunos años, no creo que haya olvidado usted a Mr. Carlos Thiele. Debo decirle, supuesto que me lo pregunta, que esa es la persona que mandé cerca de usted para ajustar el canje de los prisioneros mexicanos que tenía usted en su poder, por los que yo tomé en las acciones de Nochixtlán, Miahuatlán, Carbonera, Tehuantepec y Oaxaca, canje que realizamos con gran ventaja para el ejército francés, porque le envié como gracia todos los jefes, oficiales y soldados que me sobraron, cuando a usted no le quedaba personal equivalente para canjeármelos. Ese Sr. Thiele fue quien me hizo en nombre de usted las proposiciones de que di cuenta en mi carta que me ha concitado el resentimiento de usted y quien, pocos meses después de los hechos a que me refiero, se radicó en Guatemala, donde se puede ocurrir a él. Celebraría muchísimo si algún día pudiera usted persuadirme de que todo fue impostura de dicho señor y lo manifestaría así al público que ha conocido mi carta; pero para esto necesito la propia declaración del Sr. Thiele, pues el conocimiento que de él tengo, no me autoriza a dudar de su caballeridad.

En cuanto a mi repetida carta de febrero de 65, con cuya publicación cree usted que me habría hecho y aún me podría hacer mal ahora, ese es otro error que usted padece. Hago memoria de habérsela dirigido y aunque no tengo presente con perfección los términos en que está concebida, sí puedo asegurar que no me deshonran, sencillamente porque tanto en mi conciencia de hombre como de militar, no recuerdo ningún hecho que pudiera avergonzarme. Por otra parte, la inmensa desigualdad en que entonces combatíamos —menos de uno contra diez— y las circunstancias y episodios que rodearon esa campaña y tuvieron lugar en ella, sólo son conocidos hasta la fecha por los que como usted y yo fuimos en ella actores, lo mismo que por nuestros subordinados respectivos y por los pueblos del heroico estado de Oaxaca. Su publicación halagaría mucho mi orgullo militar y patriótico y, la necesidad de contestar cargos formulados por usted, me pondría en condiciones para hacerlo sin riesgo de aparecer presuntuoso y con más

ventaja aún si me permitiera comparar el asedio, sitio y pérdida de la plaza de Oaxaca, con otro caso contemporáneo del mismo género, aunque no semejante.⁴

Me recuerda usted también, no sé con qué objeto, que fui su prisionero y que no me trató como insurrecto. Si hace usted esto para censurarme, le repetiré, que aunque por casualidad y no por deber a que no estoy sometido, no fue mi voluntad la que decidió la publicación de mi carta que tanto lo ha afectado. En cuanto que usted haya obrado así por deber o por gracia, permítame que no le replique, porque como quiera que haya sido, tengo presente que usted ha tenido el honroso carácter de mariscal del ejército francés y cualesquiera que sean las desgracias que han pesado y aún pesan sobre usted y el estado en que ellas hayan dejado su ánimo y su razón, no puedo, sin agraviar a usted y al sentido común, entrar en una cuestión que tendría por objeto demostrarle la diferencia que existe entre el insurrecto o bandolero y el general del ejército de una nación reconocida por el mundo civilizado y que plenamente autorizado por los supremos poderes de ella, a la sombra de su bandera, la defiende en su territorio contra un ejército invasor.

Envío a usted los testimonios de mi pena, por la poca meditación que revelan los conceptos estampados en la carta que le contesto.

Porfirio Díaz

⁴ Se refiere a Metz, que Bazaine entregó a los alemanes en forma indecorosa.

PARTE FRANCÉS DEL SITIO DE OAXACA

La ciudad de Oaxaca ha caído en nuestro poder. Porfirio Díaz, estrechamente cercado por nuestras líneas de sitio, viendo sus obras exteriores batidas por nuestra poderosa artillería y presintiendo que llegaba el momento del asalto, se ha rendido a discreción, constituyendo a toda su guarnición prisionera y entregándonos el numeroso material reunido en la plaza.

El mariscal comandante en jefe ha felicitado ya a las tropas sitiadoras por este magnífico resultado y tiene hoy la satisfacción de poner en conocimiento del ejército expedicionario, por medio de esta orden, los principales episodios de una campaña que constituirá una de las hermosas páginas de la historia de la expedición francesa en México.

El 18 de diciembre fue cuando el Gral. Courtois d'Hurbal, a la cabeza de una columna expedicionaria, llegaba a la vista de Oaxaca. Inauguraba esta campaña con el brillante combate de Etla, en que nuestra caballería derrotó a la enemiga forzándola a buscar refugio en la plaza.

El 22 de diciembre efectuaba su primer reconocimiento sobre el Monte Albán y desmontaba con su artillería una pieza que el enemigo había hecho salir de la garita del Marquesado.

El 27 se dirigía al desfiladero de Tres Cruces, reconocía los cerros por donde más tarde se había de dar el ataque principal y avanzaba hasta el cerro del Mojote, desde el cual cambiaba algunos cañonazos con los fuertes del Dominante.

En los días 30 y 31 había llegado hasta [Xoxo] y aun avanzado a la garita del mismo nombre, sin que osara el enemigo esta vez hacer demostración alguna.

Un cuarto reconocimiento dirigido el 4 de enero sobre la hacienda de Montoya no había podido decidir al enemigo a mostrarse.

Por último, el 10 se dirigía a los cerros vecinos del Dominante para reconocer definitivamente la colocación de sus baterías. Esta vez el enemigo, más emprendedor, trató de salir de sus trincheras para inquietar nuestro regreso; pero tres compañías del 3º de zuavos, lanzadas contra él en los declives de Panzacola, le demostraron que no se ataca impunemente a nuestros soldados. El enemigo, alcanzado y perseguido a la bayoneta muy de cerca, dejó en el campo cinco muertos y tuvo 22 heridos.

El 16, el mariscal comandante en jefe llegaba a hacienda Blanca y el 17 las operaciones formales del sitio comenzaban con el cerco de la plaza. Mientras el Gral. de Lascours y el coronel Tourre tomaban posición rumbo al [Xoxo] y Santa Lucía, el comandante d'Ormano iba a situarse en San Felipe del Agua. En la garganta de Tres Cruces rechazaba este último jefe a los serranos de Fidencio, de Tepeji que pretendían disputarle el paso y en seguida les quitaba el punto del Picachito, matándoles a un oficial y 11 soldados.

El 22 de enero se presentaba al 2º batallón de infantería ligera de África, nueva ocasión de medirse con el enemigo.

En la hacienda de Aguilera, dos escuadrones de la compañía de partidarios, sostenidos a poco por dos compañías de aquel batallón, hacían frente denodadamente a los batallones de Porfirio Díaz y quedaban en posesión de la hacienda, que les disputaban más de 1,500 hombres sostenidos por la artillería de la plaza y de los fuertes.

Obligados a aguardar la llegada del material y el parque de artillería, no pudimos emprender los trabajos de zapa ante los fuertes sino en la noche del 1º y al 2 de febrero, pero desde este momento dichos trabajos fueron adelante con una actividad que no podía dejar de producir prontamente los mejores resultados.

Mientras en la llanura la línea del sitio se estrechaba de día en día convirtiéndose en verdadera línea de ataque, el esfuerzo principal era dirigido sobre las alturas contra los reductos del Dominante.

A pesar de las dificultades de un terreno pedregoso en que las labores de zapa no se practicaban sino en fuerza de tesón extraordinario, el primero y el segundo punto de Panzacola eran dominados en la noche del 1º al 2 de febrero; el 3 construía la artillería tres baterías; el 4 las baterías quedaban armadas, rompían sus fuegos y favorecían el avance de las obras de zapa hasta el tercer punto de Panzacola. En la noche del 5 al 6 nos establecíamos en el cerro de la Linterna; en la noche siguiente construía allí la artillería una batería de cuatro piezas a 200 metros de la flecha de la primera fortificación enemiga. Dominados por una altura de más de 60 metros, batidos por una artillería numerosa y un fuego incesante de mosquetería y solamente abrigadas por una débil cestonada que la falta de tierra impedía rellenar; nuestros soldados dieron en esta posición pruebas de una solidez y energía notable; infantes, artilleros y zapadores, han rivalizado a porfía en celo y valor.

Las noches del 6 al 7 y del 7 al 8 fueron consagradas a caminar trabajosamente por el estrecho espinazo que debía aproximarnos del cerro de la Linterna a la parte saliente de las obras enemigas. El 8 en la tarde nos hallábamos a 150 metros de aquella parte saliente, no permitiendo la configuración del terreno avanzar más. El asalto estaba resuelto.

Todas las órdenes habían sido dadas; todas las tropas ocupaban su línea de combate, impacientes de abordar al enemigo a la bayoneta, cuando Porfirio Díaz vino a la una de la madrugada a ponerse a nuestra discreción él, sus oficiales y sus tropas. Al amanecer ocupamos los reductos de las alturas y tomamos posesión de la ciudad.

Semejante resultado no puede menos que llenar de satisfacción nuestros corazones.

Nadie duda que habríamos triunfado de los obstáculos terribles que un enemigo bárbaro había acumulado ante nosotros, nadie duda que, a la señal de asalto, habríamos dado nuevas pruebas de la intrepidez que

confunde a nuestros enemigos y nos asegura la victoria; pero felicitémonos de un resultado que no nos ha costado sangre y que permite contar todavía en nuestras filas a valientes oficiales y soldados cuya muerte habría contristado nuestro triunfo. El mérito de los que han concurrido a este asedio no por ello es menor; nuestro gobierno y el del emperador Maximiliano no por ello les tendrán menos en cuenta a sus esfuerzos y sus rudas labores.

En las operaciones preliminares del sitio, durante las del cerco y en el espacio de los ocho días de apertura de paralelas que precedieron a la rendición de la plaza, multitud de oficiales y soldados han dado pruebas de habilidad y valor. Deber es del mariscal comandante en jefe, al par que le es satisfactorio, mencionar en la orden del ejército, a los que se han hecho notar de un modo especial.

En primera línea se debe citar al Gral. Courtois d'Hurbal que, encargado del mando de la columna enviada al principio a Oaxaca y en seguida de la dirección de los ataques contra los reductos exteriores, ha estado completamente a la altura de esas difíciles misiones, dando en multitud de circunstancias pruebas de un valor verdaderamente caballeresco.

Al comandante de Leuchey, que ha desempeñado con suma actividad las funciones de mayor de las paralelas.

A Magnan, capitán de estado mayor, que ha desempeñado las funciones de jefe de estado mayor al principio de las operaciones, comportándose perfectamente en los combates y reconocimientos que precedieron al sitio de Oaxaca y tomando parte en varias operaciones del asedio.

En la artillería

3° de zuavos

Al coronel Tourre que, con su celo y energía incesantes, ha conducido tan bien los trabajos de cerco y de aproche, que llegó sin pérdida ninguna hasta las posiciones de Xochimilco, el Panteón y los Príncipes.

Al comandante Delloye, oficial superior de iniciativa y decisión, que liberó por medio de una marcha rápida y bien entendida, el 1° de enero, a 10 hombres del batallón de África que estaban en Coscotlán cercados por Figueroa y a punto de ser cogidos.

Al capitán Couturier, ayudante mayor, que con su actividad fuera de la línea y su inteligencia en las operaciones del sitio, ha ayudado poderosamente al coronel Turre en los trabajos ejecutados entre [Xoxo] y San Felipe.

Al capitán Mariani, quien a pesar de su salud debilitada por las fatigas, ha contribuido con su sangre fría y asiduidad a llevar la trinchera sobre la Merced hasta las cuerdas vecinas de esta Iglesia. Gracias a los trabajos dirigidos por este oficial, la Merced estaba el 8 de febrero en la tarde casi completamente cercada.

Al capitán de la Hayrie, comandante de la compañía montada, que debía en la noche del 8 al 9 apoderarse por sorpresa del fuerte de la Soledad, habiendo llevado a cabo todos los reconocimientos preliminares para el buen éxito de tan peligrosa operación.

El regimiento extranjero

Al coronel Jeanningros, que mandaba la infantería encargada de los ataques contra los fuertes exteriores del Dominante.

A Carteret-Trécourt, teniente coronel; Saussier jefe de batallón y De Brian ídem, quienes merecen especial mención por la energía y esfuerzo de que no han cesado de dar pruebas, como oficiales superiores encargados de la defensa de las trincheras y colocación de las guardias. Han estado constantemente en primera línea, comunicando un fuerte impulso a todos los servicios y continuamente expuestos al fuego del enemigo día y noche.

A Dubosq, capitán y Tamisey, teniente, se debe, por el imperio que el valor e inteligencia de estos dos oficiales les han dado sobre sus hombres, haber conservado la noche del 5 de febrero la posición de la Linterna; su actividad en esta circunstancia ha sido tan resuelta, que merece una mención enteramente excepcional. La compañía a sus órdenes, ha sido notable por su sangre fría y comportabilidad.

A Avigneau, capitán, que ha sabido, a pesar de un fuego muy vivo, cubrir a los trabajadores del Mamelón de la Linterna, colocando por sí mismo avanzadas delante de los trabajos en puntos descubiertos, que la claridad de la luna y lo alto de los tiros del primer Dominante hacían muy peligroso. Este oficial, a la cabeza de algunos hombres, ha guardado constantemente dichos puntos con una abnegación digna de imitarse.

A Agougaud, Sargento, que no ha cesado de mostrar la mayor intrepidez.

A Marton, subteniente, que ha dado noble ejemplo a los trabajadores, estimulando su valor y permaneciendo al frente de los cestones.

A Achilli Sedé, teniente, cuyo celo, ardor y adhesión jamás desmayaron en las paralelas y los puestos más peligrosos; el primero llevando órdenes y el segundo en diversas comisiones del servicio.

A Thuillier, teniente ayudante mayor de paralelas, activo y celoso y que hizo en ellas brillantemente su deber.

A Lauraine, tirador, de gran intrepidez, herido en emboscada.

A Blank, subteniente; Albertini y Tremblay, sargentos mayores; Carrié, Girord, Desmarets y Sallé, sargentos; y Dufresne, Lambert y Wautrin, cabos, que solicitaron la honra de subir los primeros al asalto del Dominante para destruir las defensas accesorias.

2º batallón de infantería ligera de África

Al comandante d'Ormano, que dirigió con rara energía el 17 de enero los combates de Tres Cruces y el Picachito y el de 22 de noviembre en la hacienda de Aguilera.

Al capitán Algan, que en el combate de Aguilera recibió dos heridas y a pesar de ello prosiguió marchando hacia la hacienda.

A M. Carrere, teniente, comandante de la compañía franca, herido de dos balazos en el pie, le hirieron el caballo que montaba y permaneció a la cabeza de su compañía hasta las cuatro y media; en este momento le abandonaron sus fuerzas y tuvo que volver a San Felipe a curarse.

A Mr. Angé, subteniente de la compañía franca, herido al cumplir valerosamente sus deberes.

A Grispert, cazador, mencionado en todos los servicios diurnos y nocturnos de paralelas. En la noche del 5 al 6, entre otras, colocó 23 cestones bajo un fuego vivísimo y no cesó de dar buen ejemplo a sus cantaradas desde el principio del sitio, mostrándose infatigable en la labor y despreciando soberanamente el peligro.

A Chassang, cazador, que trabajó con ardor infatigable durante el día en la construcción de un espaldón bajo el más vivo fuego.

Los cazadores Lessestisseurs, Arpentinier y Dron, en un momento crítico pusieron mano a las obras de zapa, dando ejemplo de un asiduo trabajo.

Regnault, cazador, ha mostrado gran valor y asiduidad en el trabajo.

En la artillería estado mayor

Lafaille, coronel, se halló siempre en primera fila en los diversos combates que precedieron al sitio de Oaxaca, distinguiéndose igualmente en toda la duración del sitio.

De la Jaille, teniente coronel, que se distinguió por su celo y adhesión en todas circunstancias.

Logerot y de Roincé, capitanes, ayudantes de campo del general comandante de la artillería, se comportaron perfectamente en los combates y reconocimientos que precedieron al sitio de Oaxaca; han estado constantemente en las paralelas y en los lugares más peligrosos.

Jamont, capitán, se distinguió en todas circunstancias por su sangre fría y su valor.

De Noue, capitán, que se ofreció para apoderarse por sorpresa, en la noche del 8 al 9 de febrero, del fuerte de la Soledad, había hecho previamente todos los reconocimientos necesarios al buen éxito de esta operación peligrosa.

5º regimiento, 1ª batería

Bonnefond, segundo capitán, ha construido con rapidez e inteligencia una batería de morteros bajo muy vivo fuego del enemigo, asestando sus tiros con suma precisión.

3er. regimiento, 1ª batería

Gemolles y Bolle, artilleros, formaron parte del destacamento enviado a cortar los hilos de las campanas cargadas que coronaban la falda del redan del primer Dominante.

3er. regimiento, 2a. batería Chouvac,
primer sirviente.

Bénier, segundo ídem.

4º Regimiento, 1a. batería Porcher,
primer sirviente. Brion, segundo ídem.

5º Regimiento, 1ª batería Pelit,
sargento.

Giroux, primer sirviente.

Termos, ídem, ídem.

6º Regimiento, 1ª compañía Marchal,
primer pontonnier. Gros,
segundo ídem.

Formaron parte del
destacamento

enviado a cortar
los hilos de las
campanas cargadas
que circundaban el
pie del redan del
primer Dominante.

Ingenieros

Bressonnet, teniente coronel, ha dirigido las primeras operaciones de esta arma para el sitio y asedio de Oaxaca y, posteriormente, ha ayudado al comandante de ingenieros como jefe de estado mayor, con notable habilidad, infatigable actividad y energía a toda prueba.

Heydt, jefe de batallón, ha desempeñado las funciones de jefe de ataque frente al Dominante, llenando este servicio como oficial adicto, activo, inteligente y valeroso.

Demougeot, capitán, ha dado pruebas de energía y valor en el trazo y la ejecución de las obras del cerro de la Linterna, cuya ocupación tuvo lugar bajo un fuego muy vivo.

Deschaps, sargento, estableció las trincheras de cestones de la cima del cerro de la Linterna y sobrevigiló los trabajos de paralelas bajo un fuego vivísimo.

Simón, zapador, ha trabajado constantemente en las obras de zapa y en los puntos más expuestos al fuego del enemigo; distinguiéndose especialmente en la ocupación del cerro de la Linterna.

Delafosse, zapador, ha dado pruebas de gran valor ayudando a rechazar una salida del enemigo que venía a apoderarse de Santa Anita.

El mariscal aprovecha esta ocasión para citar en la orden del ejército a los llamados Dumont, Deprieur Auvray y Vacher, soldados de la 2ª sección de obreros de administración, que hallándose en desempeño de su servicio en Huajuapán el 15 de enero y siendo los únicos franceses existentes en aquella localidad, excitaron, por medio de su energía, a la población a defenderse contra la caballería del chato Díaz y contribuyeron a rechazar al enemigo.

El mariscal no quiere terminar esta orden sin hacer patente al cuerpo expedicionario la útil cooperación que le han prestado el coronel Osmont, jefe de estado mayor general; el coronel Doutrelaine, jefe de servicio de ingenieros y el subteniente militar Friant, jefe de los servicios administrativos. Con su experiencia, el conocimiento cabal

que poseen de sus servicios especiales, su celo y actividad, han contribuido en mucha parte al éxito de nuestras operaciones.

Oaxaca, febrero 10 de 1865.

El mariscal comandante en jefe
(Francisco Aquiles) Bazaine

Por ampliación, el coronel jefe de estado mayor general,
A. d'Osmont

MANUEL GAMBOA INFORMA
A MAXIMILIANO SOBRE OAXACA

(A Maximiliano). Señor:

Voy a comenzar a dar cuenta de la comisión de que V. M. se dignó confiarme procurando hacerlo no sólo con la verdad, que tanto me recomendó, sino aun con cierta franqueza que espero se dignará perdonarme atendido las causas que me obligan a usarla.

La comarca que he visitado, con toda la atención de que soy capaz, presenta en un grado eminente esas esperanzas que se notan en todo el territorio de todo este vasto imperio y aunque para realizarlas sea necesario establecer esa paz tan deseada y que es el objeto principal de los esfuerzos de V. M., creo que en Oaxaca sea eso menos difícil si se atiende a la buena índole de los pueblos, compuestos en lo general de indios muy fáciles de conducir.

El departamento, tal cual era antes de la última división política, presentaba por situación geográfica, la grande ventaja de poder producir en su suelo los frutos de casi todas las latitudes, preponderando siempre los más pingües de la tierra caliente. Sin embargo, por muchos años se conservó dedicado solamente a la minería porque abunda en minerales, a la agricultura en sus ricos valles, para la siembra de los cereales necesarios a su consumo, así como para la cría de la cochinilla, principal fuente de su riqueza y que ha dado cantidades fabulosas; por último en esa parte de la mixteca que aparece estéril, porque siempre se ha dejado entregada a los esfuerzos de la naturaleza, la industria consiste en la cría de ganados, muy particularmente el cabrío, la cual ha formado también muchas fortunas.

La circunstancia de haber sido siempre un departamento arrinconado, por decirlo así, ha hecho que se mantenga hasta hoy con sumó

atraso respecto del resto del país y sólo la revolución, que a todo alcanza, ha podido llegar hasta él para llevarle sus perjuicios. Entre éstos el peor para el país es la especulación fraudulenta con la cochinilla, que ha hecho que este producto, antes sin rival, se haya adulterado, ocasionando que en los mercados de Europa se aprecie más el procedente de Guatemala e Islas Canarias. En cuanto a la cría de ganado y demás especulaciones agrícolas, están allí, como en todas partes, muy resentidas y de lo que han sufrido los campos, pero repito, que contando aquí con la buena índole de las poblaciones, creo más fácil que esta comarca vuelva a su estado normal por los medios que después indicaré a V. M.

No me detengo más sobre este punto, con el objeto de ser más explícito sobre otros, que conciernen más directamente a mi comisión, pero creo haberme hecho de los datos necesarios para satisfacer las cuestiones que V. M. se digne hacerme.

El aspecto que la capital del departamento presentaba antes de la ocupación era bien triste, entregado a la poca pericia del Sr. Díaz como jefe militar, tuvo que sufrir de una manera atroz en todos sentidos, supuesto que no sólo tenía que sostener una guarnición crecida, sino que tuvo que sufragar los gastos de una defensa que se quiso hacer muy grande, tal vez por malicia, por la parte de algunos de los que manejaban al mismo Sr. Díaz, entre los que puede contarse como principal a su secretario don Justo Benítez.

Como la defensa que se proyectó está, en mi concepto, tan mal entendida, procuré a todo trance hacerme del plano que tengo el honor de acompañar, por más que levantado en la parte de fortificaciones por una persona absolutamente incapaz, sea poco digno de que V. M. lo examine, proponiéndome, en caso necesario, hacer una copia más inteligible a la que agregaré los cerros no comprendidos en éste.

A primera vista se nota que en el tal sistema de defensa no se tuvo en consideración ni la clase de tropas que atacaban, ni la de las que defendían, ni el material que exhibían sus obras y ni aun el tiempo que debía invertirse en construirlas, así es que la destrucción que se causó en la ciudad, es tanto menos perdonable, cuanto que aún en el caso

dudoso de que algún plan fijo se hubiesen propuesto, era materialmente imposible se figurasen poderlo realizar. En efecto si V. M. se digna examinar el plano, verá que la primera línea se construyó en el interior de la ciudad, con relación al cerro de la Soledad; para esto arrasaron manzanas enteras a fin de colocar en ese terreno sus obras principales, pero no quisieron contar con que enfrente a esas obras había otras manzanas que hubiera sido preciso arrasar también para formar campaña abierta a su primera línea y poderla hacer fructuosa. Si hubiesen contado con esto, el cálculo menos preciso les hubiera hecho conocer que con los elementos de Oaxaca, era preciso cinco veces más tiempo de aquel con que podían contar para sólo destruir y extender los escombros; pues sin embargo, la obra se continuó y llegado el momento de que se les acercase el enemigo dispusieron el incendio de las fincas que estaban enfrente de sus obras, orden bárbara que sin quitar a éstas el inconveniente de prestar abrigo al enemigo y tan cercano como lo es el ancho de una calle, sólo sirvió para sembrar mayor miseria en la ciudad.

Como era de esperar, el ejército francés sorprendió a Díaz en medio de sus vastos trabajos y aunque éstos continuaron durante el tiempo que el general que atacaba, dilató en resolverse a estrechar su línea de circunvalación, ya fue con el natural desaliento que causa el no ver concluido aquello con que se cuenta para obtener un triunfo. No obstante ya estaban fuertes en los cerros y en el edificio de Santo Domingo, puntos esenciales de su defensa.

Los sitiados dejaron llegar al ejército cómodamente hasta la distancia de tres o cuatro leguas en que están los puntos que eligió para establecer un bloqueo simple a la plaza —aunque se habló de la acción de Etlá dada al hermano de don Porfirio Díaz, ésta fue una pequeña escaramuza con el objeto de impedir la salida de la caballería, único objeto de Díaz y el cual logró. En este estado permaneció la plaza algún tiempo, como sabe V. M., sin que ni por una ni por otra parte se intentase nada de formal; hasta que activadas las operaciones del ejército sitiador, estrechó, sin ser inquietado su línea de circunvalación, estableciendo tres contrabaterías sobre los cerros y

otras tres en los otros puntos cardinales, pero éstas de poca importancia, pues una estaba armada con una sola pieza de artillería; además se establecieron los puestos avanzados cubiertos con infantería, que se encuentran señalados en el plano. Algunos cañonazos cambiados, fue cuanto se hizo notar hasta la tarde del 8 en que S. E. el mariscal hizo nutrir algo el fuego de sus baterías con el objeto de fijar sus punterías y comenzar al día siguiente operaciones de más interés, tal fue al menos lo que dijo; pero en esa misma tarde se le presentó el coronel Angulo, como enviado de don Porfirio Díaz, con el objeto de pedir garantías y fijar condiciones para la entrega de la plaza. El comisionado regresó con la respuesta terminante de que no se admitía más que la rendición a discreción.

En la noche del 8 al 9 fueron arrestados, por una patrulla francesa, Díaz y Angulo y el primero dijo que salía con objeto de entregarse al mariscal, a cuya presencia fue conducido. Desde este momento es preciso entrar en el terreno de las conjeturas, supuesto que Díaz no comunicó a nadie su intención verdadera, supuesto que salió furtivamente de la plaza. La mayoría y, entre otros, el mismo señor prefecto que habló con él la noche de su rendición, creen cierto que salió con la intención de presentarse y fundan su creencia:

1º— En que ya tenía la seguridad de no poderse defender, supuesto el desaliento y las continuas defecciones de la guarnición.

2º— En que por carácter, es opuesto en ideas a su hermano que tiene todos los tamaños de bandido y de consiguiente no podía estar a gusto con él, supuesta la honradez y valor que le atribuyen aún algunos de sus enemigos y,

3º— Que no puede creerse que una persona tan conocedora del terreno, como lo es el Sr. Díaz, no hubiese encontrado un punto por dónde salir sin ser notado.

A pesar de todas estas razones, yo creo qué su intención fue salirse del sitio y que positivamente su prisión motivó las disculpas de que se tiene hablado y para ello tengo los fundamentos siguientes:

1º— Pretendidas desde la tarde algunas negociaciones, si su resolución hubiera sido presentarse, lo natural era continuarlas y también publicarlas, lo primero para procurarse alguna garantía y lo segundo, para que en el caso de que alguno de los jefes se hubiese negado a la rendición, rescindir en él el mando y quedar libre para obrar de la manera que mejor le hubiera convenido, y no se diga que la negativa del mariscal le quitaba toda esperanza de arreglo, porque en mil ocasiones se han presentado casos semejantes en que las negociaciones se siguen aún con esa poca esperanza.

2º— En esa calificación de valiente y honrado que se da al Sr. Díaz, tampoco es de peso para mí —permítame V. M. le manifieste que a este señor no lo conozco ni de vista y de consiguiente no puedo tener por él, ni simpatía, ni antipatía, pero debo ser franco en mi narración—, porque yo no concibo cómo un hombre valiente y honrado puede, si no ser autor, al menos tolerar los desmanes de sus subordinados, tendrá ese valor brutal que hace arrostrar los riesgos, tal vez porque no se alcanzan, pero de ninguna manera el valor útil que consiste en mantener a los suyos en el límite de sus deberes, en todas circunstancias. En cuanto a la honradez, no basta para adquirir ese renombre el no cogerse lo ajeno, pues la sola negligencia que autoriza el que los otros lo hagan, basta para perderlo. Además, en el tiempo del sitio y antes de él, la buena armonía con su hermano era conocida, así no creo se infiera rectamente esa repugnancia para acompañarlo.

3º— La decadencia de ánimo de su tropa tampoco puede dar una seguridad de que quiso rendirse sin acuerdo de los otros jefes, que tenían también esa convicción.

4º— Si el hombre se hubiera dirigido, solo o acompañado, directamente a uno de los puestos franceses y en él hubiera hecho su manifestación, se le creería, pero fue arrestado por una patrulla y esto al atravesar un punto por el que en los días anteriores había hecho salir dos correos, que (se) sustrajeron perfectamente a la vigilancia de los sitiadores. Además, al prenderlo no sólo se le encontró armado de la

espada que llevaba a rendir, sino con tres pistolas giratorias en la cintura.

Luego que se verificó la captura o rendición de Díaz, se dispuso que éste, acompañado del prefecto político Sr. Franco y de una columna mandada por el Gral. Mangan fuesen a tomar posesión de la plaza y que otra, conducida por el coronel Angulo, ocupase los cerros, así se verificó sin la más pequeña dificultad.

Por lo expuesto verá V. M. que los franceses ni hicieron ni pudieron hacer nada, porque no se les presentó la menor oportunidad de desarrollar el valor y la inteligencia que se les concede, así es que si la ocupación de Oaxaca se hace pasar de una simple expedición, es confundir completamente los nombres. La mejor prueba que puedo dar de lo expuesto, es que se vea el corto número de hombres que quedaron fuera de combate en toda la expedición, por parte de los sitiados y de los sitiadores.

El señor prefecto político, que acompañó a la expedición y que prestó buenos servicios en ella, entre otros el hacer medianamente practicable para trenes el camino de la mixteca, llegó, como llevo dicho, acompañado de la columna francesa a ocupar la plaza como autoridad y eso cayó muy mal por la razón de que este señor, antiguo comerciante en Oaxaca, se había visto obligado a salir de la ciudad por lo malo de sus negocios, así es que todo el mundo supuso que su vuelta de esa manera, tenía por principio abusar de su posición para el arreglo de ellos. Además, las fuerzas que tomaron posesión de la plaza no se limitaron a ocupar los almacenes de municiones y víveres para la guarnición, sino que comenzaron a saquear algunos edificios, entre otros la aduana y el instituto. De la primera pronto se logró evitar el desorden, pero del segundo no se consiguió sino cuando se habían extraído seiscientos y pico de volúmenes escogidos con inteligencia, de los cuales ya sólo faltan doscientos y tantos, habiéndose recogido los otros por medio de algunas indemnizaciones. Aunque a estos desmanes procuraba oponerse el señor prefecto, su impotencia se atribuía a malquerer y de consiguiente, los primeros días fue bastante mal

recibido; pero sin embargo de que, en mi concepto, este señor no es una capacidad, tuvo el talento de nombrar como secretario a un joven licenciado Noriega, de buena inteligencia, posición, buenas ideas y, en fin, de lo mejor que puede encontrarse allí, y ya de acuerdo con él, se hicieron los demás nombramientos de autoridades y empleados recayendo el nombramiento en las personas más capaces de la ciudad y, entre los que vi, uno que otro conservador, con la mayoría de liberales, pero entre los que hay buena armonía.

Los destinos principales los ocupan el Sr. Fagoaga, prefecto municipal, persona acomodada, muy conocedora de las costumbres y necesidades de la ciudad y que sirve con gusto el puesto, porque habiendo sido diversas ocasiones gobernador del departamento, está acostumbrado y desea figurar; desgraciadamente está muy viejo. Es presidente del tribunal Superior de Justicia, el señor licenciado Santaella, persona de alguna ilustración, que ha sido diputado al congreso general en diversas épocas. En el consejo está el Sr. Cajiga, antiguo gobernador del estado y el licenciado Dublán, enlazado con la familia del Sr. Juárez —éste no me gusta—. El ayuntamiento está bien formado, generalmente hablando.

De estos nombramientos, de la conducta moderada que ha seguido, de su amistad con los franceses, que evita hasta donde es posible se siente tan fuerte como esos señores la hacen sentir su intervención y, en fin, de su carácter afable, ha resultado que el Sr. Franco sea mirado hoy bastante bien, de manera que juzgo que sólo en el caso de exigir las circunstancias mayor capacidad o algo más de respetabilidad, sería conveniente el relevarlo.

En el tiempo en que este señor ha estado, ha logrado, no pacificar como él se hace la ilusión de creer, pero sí poner todo el antiguo departamento bastante tranquilo, de manera que, si no es el mejor, es uno de los mejores del imperio en este sentido. Sin embargo, aún existe la gavilla de (Pérez) Figueroa, hoy muy apartada, otra de un tal Ávalos, también lejos y otra por el camino de la cañada cuya extensión no se conoce aún, pero que el 2 del actual plagió a un subprefecto y a un administrador de hacienda y

parece que entra a los pueblos cortos a cobrar la capitación. Por otra parte en el territorio de Huejutla,⁵ conocido con el nombre de Costa Chica no está realmente sometido, ni es fácil pacificarlo mientras el estado de Guerrero permanezca sustraído a la obediencia, porque, siendo su límite, tienen siempre la posibilidad de escapar sin pena alguna y volver cómo y cuándo les convenga.

El territorio de Tehuantepec, sometido ya, está no obstante poco tranquilo a causa de que hace muchos años existe esa guerra de pueblos entre él y Juchitán, para disputarse los primeros puestos. Hoy ha mandado el coronel Acéval, que por lo poco que lo he tratado juzgo que sea de alguna utilidad, sin embargo de que es español y compañero de aquel Gral. Cobos de tristes recuerdos para el país, pero el Sr. Franco me aseguró que aquel Acéval no participa de las ideas de éste.

Tengo que repetir a V. M. que Oaxaca está en un atraso muy considerable, el cual se hace notar más que todo en la escasez de hombres útiles y, muy particularmente, en la de una juventud que dé esperanzas.

He dicho que para los puestos públicos se ha escogido lo mejor, pero esto es muy relativo, porque hay tan poco en qué escoger, que si se quisiese relevar totalmente la administración, acaso no se tendría con quién hacerlo, de hijos del país. Este atraso lo atribuyo a lo aislado de la ciudad y a lo muy penoso de sus caminos, lo cual impide que cómodamente se pueda viajar por ellos. Además, la población del departamento es indígena en su mayor parte, lo que hace tan miserables a las poblaciones pequeñas. No obstante, además de los empleados en la capital, hay algunas personas que pueden ser bastante útiles, como el Sr. Carbó de preferencia, el Sr. Esperón, el Sr. Maqueo y algunos otros, que entre Carbó y Noriega, el secretario, pueden indicar.

Hay algunas cosas de muy urgente remedio y entre otras citaré a V. M. las dos principales. En la capital de un departamento rico, como

⁵ El nombre es incorrecto. No hay zona en la costa del pacífico dentro del estado de Oaxaca con ese nombre. Acaso quiso escribir Ejutla.

lo prueba la circunstancia de que en el poco tiempo que lleva de haber sido ocupado, cuenta con un sobrante de cerca de \$ 20,000 con rentas municipales bastante regulares, supuesto que se piensa en poner verjas de fierro en la alameda y otras muchas obras de ornato, apenas puede concebirse que conserva los presos de su cárcel sin darles el menor alimento. Este defecto no es de hoy, pero, sin embargo, antes contaban esos infelices con que las rentas de unas casas que pertenecían a San Francisco, estaban destinadas a proporcionarles, cada 24 horas, una taza de atole y tres tortillas, mas hoy ni con esto cuentan y no se les da absolutamente nada. Por una fatalidad no supe esto hasta después de repartido el socorro que V. M. remitió, así es que sólo pude señalar una corta suma para que se les repartiera en un alimento mediano durante ocho días, suplicando al señor prefecto buscase el medio de remediar este mal. El único hospital que existe no está mejor atendido.

La instrucción pública no está bien comprendida, según podrá ver V. M. por el cuaderno que tengo el honor de acompañarle, atendiendo a que está escrito con toda la pasión provincial y que, de consiguiente, aún lo que existe está mal instituido y peor atendido. Comenzando por el instituto, apenas lo creo útil para que salgan de él medianos abogados, supuesto que en cuanto a médicos, agricultores, etc., no pueden salir ni regulares, careciendo de los elementos más esenciales. V. M. se formará concepto con sólo saber que por total gabinete de física y laboratorio de química, hay una máquina eléctrica rota y descompuesta. Las escuelas, aun las de la capital, están mal dotadas, no bien vigiladas y, por consecuencia, peor servidas.

En Oaxaca, más aún que en ningún otro departamento, preponderan las ideas liberales, pues la parte conservadora está circunscrita a un corto número de personas, impotentes en lo general, pero por fortuna, unos y otros están hoy contentos con el imperio y disfrutan satisfechos de sus ventajas, publicando que bajo este sistema es cuando han disfrutado de verdadera libertad y esperan confiados en que pronto un sistema de hacienda, bien entendido, los saque de su situación actual, descargándolos algo de los actuales impuestos que les son penosos.

Hoy los preocupa la nueva división política que se ha dado al departamento y, aunque a mi juicio, lo que más les afecta es ese deseo que conservan todas las localidades de hacerse fuertes, a lo menos por su extensión, dan, sin embargo, alguna razón que a mí mismo que soy partidario acérrimo de la división, me ha hecho demasiada fuerza. Esta es que los departamentos Teposcolula y Ejutla carecen completamente de los elementos más precisos para formarlos, pues Teposcolula esencialmente es un pueblo de tal manera miserable, que es difícil que V. M., sin verlo, forme concepto de las dificultades de que le hablo. Esta circunstancia va a motivar cerca de V. M. mil pretensiones y mil dificultades, siendo el principal objeto de la venida del Sr. Franco, a quien se ha concedido una licencia, pero como calculo que una vez dada la disposición se procederá a llevarla a cabo, procuré traer a V. M. los nombres de algunas personas que en los nuevos departamentos puedan ser útiles. Así para el de Teposcolula creo que pueda contarse con don Ignacio Arbeo, joven avecindado en ese pueblo, honrado y de algunas esperanzas; en Tlaxiaco vive don Manuel Mejía de León, hombre honrado que tiene tres hijos útiles ya y uno de ellos abogado, los cuales están empeñados en concluir con las guerrillas de Ávalos, de quien han sufrido graves perjuicios. En Huajuapán está don José Ramírez Acevedo, también honrado, de regulares maneras y el cual acaba de organizar y cooperar a la defensa de ese punto. Creo que sería bueno entenderse directamente con él, pues acaso sea útil si llega el caso de un levantamiento.

Para Huejutla (Ejutla), hay en los valles un don Basilio Rojas, que vive en Miahuatlán, es rico, honrado y trabajador, aunque algo viejo. En Pochutla está don José Eustaquio Manzano, rico y querido en la localidad y tiene la ventaja de delirar por caminos y mejoras materiales.

Tehuantepec es casi desconocido, aun en el mismo Oaxaca y de las personas más notables tengo muy malas noticias, así es que, en mi concepto, tanto por esta causa cuanto por evitar la guerra de que he hablado, las autoridades podrían ser tomadas de individuos de la costa

de Veracruz, los que sin participar de sus vicios tienen la ventaja de acomodarse a sus usos y clima.

La presencia de V. M., útil en todas partes, aquí sería más conveniente, muy particularmente para que palpe y resuelva las dificultades en la elección de estos nuevos departamentos.

Con objeto de ver por mí mismo el camino abierto últimamente, hice mi regreso por él y encontré que V. M. puede llegar cómodamente hasta Huajuapán desde Puebla, con alguna molestia, pero aún en coche hasta Huaucilla, a caballo a Huitzo y muy cómodamente hasta Oaxaca, así atravesará V. M. por lo principal de la mixteca y una parte interesante de Puebla.

He dicho que en toda esa comarca el partido conservador es insignificante y esto lo concebirá fácilmente V. M. calculando que el clero, su natural apoyo, es de tal manera relajado, según la opinión pública, que no puede contarse con él ni aun para la política, de manera que si el señor obispo quiere, como es natural, mejorarlo, apenas tiene tiempo para este penosísimo trabajo.

Respecto de la parte militar, sólo diré a V. M. que la posición es tal, que tratándose de una guerra de invasión o simplemente de pelear con tropas organizadas, sobran puntos en que un general inteligente puede multiplicar sus fuerzas a voluntad, con elección de posiciones de preciso paso, pero por la misma causa aquí, como en muchas partes, la persecución de guerrillas es imposible por fuerzas organizadas, sean francesas o aun del mismo país, así es que, la única manera que concibo para la pronta extensión de esas guerrillas, es obligar a los pueblos a que las exterminen, pero dándoles el apoyo de algunas guarniciones que acudan a su auxilio, cuando las fuerzas que los ataquen sea superior a la resistencia que ellos puedan oponer. Una vez con esta seguridad, estoy cierto que esos pueblos harán gustosos todo sacrificio. Sobre este punto tengo también algunos apuntes que comunicaré a V. M. cuando tenga a bien ordenarlo.

Réstame dar cuenta en dos palabras de la parte ostensible de mi comisión. Al llegar me informé de que los materiales y mano de obra eran de tal manera cómodos en Oaxaca, que concebí la idea de reparar algunas fincas, logrando de este modo hacer más públicos y más fructuosos los beneficios de VV. MM. y, por lo mismo, dividí la suma de la manera que se expresa en la convocatoria, pero después, aumentados los pobres, se aumentó en proporción el reparto de dinero, logrando dejar en reparación 150 casas, de 156 solicitudes que se presentaron con las condiciones pedidas y habiendo repartido \$ 8,000 para socorrer a cerca de 1,200 pobres, con las cuotas de doce, ocho y cuatro pesos y solamente dos y uno a los absolutamente mendigos. Las bendiciones que VV. MM. han recibido con este motivo, no tienen número.

Todas las operaciones las hice de acuerdo con el señor prefecto y las cuentas y justificantes de la inversión las presentaré a V. M. luego que se termine la reparación de que están encargadas personas de mi absoluta confianza.

Deseoso de conservar, en cuanto fue posible, lo secreto de mi comisión, me dediqué a la parte ostensible con todo el aparente esmero que era natural, pero me fue preciso gastar en esa parte secreta unos \$ 300.00 que hice cargar a mi cuenta.

No queriendo ser más difuso, me reservo algunos detalles que daré a V. M. a medida que los necesite y concluyo proponiéndole las medidas más urgentes, vaya o no pronto V. M. a esos lugares:

1º— Hacer más practicable, aunque no sea perfecto, el camino abierto últimamente, para que puedan correr carruajes y se establezca la pronta y fácil comunicación, contando para esto con el trabajo de los pueblos, es de poco tiempo y costo la obra.

2º— El restablecimiento de inspecciones que ya han existido otras veces para la venta de la grana sin alteración, a fin de devolver a Oaxaca su crédito y de consiguiente sus riquezas.

3°— Mientras se establece un nuevo sistema de hacienda, moderar la severidad de la administración de alcabalas, que ha llegado al extremo de decomisar a un infeliz indio, por un exceso insignificante, no sólo el efecto sino el animal que lo conducía, esto es, toda su fortuna.

4°— Mejor organización en las rentas municipales para que atienda a los ramos más urgentes, antes que pensar en obras de ornato.

V. M. se designará comprender que aunque dedicado sin descanso a dar lleno a mi comisión, en el poco tiempo que ocupé en desempeñarla, no pudo ser tan perfecta como lo deseaba y más si se atiende al carácter reservado que llevaba y a mi ninguna misión oficial para adquirir datos.

Sin embargo, creo se puede descansar en lo expuesto por ser absolutamente veraz e imparcial.

También ruego a V. M. me perdone lo desaliñado de esta narración, pues sólo me propuse hacerle conocer los hechos, pero esté seguro V. M. que me será muy grato se digne recibirla bondadosamente y que pueda ser útil.

Soy con el mayor respeto, de V. M., humilde súbdito.

Manuel Gamboa